

EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

LAS gentes más ilustres del pensamiento americano —del Norte, del Centro y del Sur del Continente— coinciden en señalarle al Nuevo Mundo un superior destino de hondo contenido humano. La gestación de vaticinio tan generoso, único en la historia de lo que se llama —a pesar de la paz candente y de la guerra fría— cultura occidental, parece arrancar desde los mismos días cuando los hombres principiaron a ver en estas tierras la posibilidad no sólo del mejoramiento material y espiritual que se les escapaba una y otra vez en las constantes guerras e invasiones de conquista y de religión, sino en el empeño y voluntad titánicos de los que vinieron a América para afirmar ideales de justicia y de libertad; y los que aquí sembraron esos ideales a costa de sus vidas y de sus bienes; y los que nos legaron la realidad de la independencia política y la aspiración cabal de la definitiva unión de las colectividades que forman naciones en el Continente.

Y podríamos agregar que lo mejor —lo más entrañable, lo que viene del hondón del alma— de ese mismo pensamiento americano es, precisamente, la obra —el quehacer infatigable— de los

que siempre vieron y ven en América una conjunción de los más caros ideales humanos, es decir, la posibilidad de hacer efectiva y viva y vivificadora y vivificante, aquí en América, la convivencia social, implícito, desde luego, el mayor respeto por la dignidad del hombre.

Para darle validez a sus conclusiones, para concretar ese pensamiento, arrancado a la porción más generosa del espíritu en lucha con su identidad, indican, asimismo, sus mejores exponentes, el oscuro forcejeo de las gentes americanas para condicionar sus conductas a las dramáticas exigencias económicas de la hora que vivimos, tan cargada de funestos presagios, tan distorsionada de caóticos designios. Y observan, con cierta esperanza, con cierto fervor, cómo los pueblos han ido desechando, eliminando, de la vida cotidiana, los elementos que no son imprescindibles para la subsistencia, para el mero vivir y trabajar y soñar; lo que, por otra parte, ha dado alguna austeridad a la conducta de las mismas gentes y ha facilitado, en otros aspectos, la tarea de los hombres honestos de gobierno afanados en lograr el necesario equilibrio económico de sus gobernados. Me refiero, claro es, a esa porción de América —a esa porción de gentes americanas, continentales—, que viven, trabajan y sueñan en razón inmediata de la convivencia social y dentro de la razonable mediatez de la integración económica, y espiritual y política —cultural— de nuestras colectividades.

En lo tocante a Venezuela, a quien se le viene asignando, asimismo, una cuota de predominio moral —a la que le da derecho su limpia tradición histórica: su voluntad de servicio continental— que arranca de aquella espléndida aspiración a realizar empresas de envergadura espiritual que le descubrían los escritores de una generación de millones de vidas inútilmente sacrificadas, como que habían vivido entre dos guerras mundiales y una crisis económica universal, es oportuno insistir —aun en la esfera de lo aparentemente ideal— en lo que alguna vez hemos llamado en estas mismas páginas nuestra responsabilidad americana. Porque esa responsabilidad, si es que todavía nutre a nuestras almas lo que el pasado proporciona para hacer de éste algo vivo para el presente y para el porvenir, es la que puede capacitarnos para la autonomía económica en la paz y en la guerra; y la que puede compenetrarnos con la trayectoria de los pueblos hermanos que también miran en el sueño de la confraternidad continental de Simón Bolívar la concreción política de aquel hondo destino superior.

Los disparos —y las palabras como disparos— que están segando vidas y conturbando espíritus en el mundo, que hoy es un pañuelo de lágrimas, de tan pequeño como se nos ha puesto, visten de suma gravedad a la hora presente.

Pero a los venezolanos no debe hacernos flaquear el ánimo en sumirnos en cavilaciones de debilitamiento. Bastaría que comparáramos la lucha cotidiana que libramos para salvaguardar nuestra independencia y los ideales democráticos que nos son más caros con la que libraron nuestros varones del procerato del espíritu y de la conducta: a los representantes del sojuzgamiento y de la barbarie los pelearon en este propio suelo donde nosotros nos movemos con soltura e independencia. Y no debemos olvidar, tampoco, que pertenecemos a la gran familia de pueblos americanos que cree, firmemente, en que América es la tierra de la esperanza de los hombres.